

*Rainer Maria Rilke*

# Elegías de Duino

Versión de Verónica Volkow

*Poeta, investigadora, ensayista, autora de libros como Sibila de Cumas y La noche viuda, Verónica Volkow nos ofrece una versión al español, nueva y personal, de la primera “Elegía de Duino” del gran poeta Rainer Maria Rilke.*

## LA PRIMERA ELEGÍA

¿Quién si yo gritara, me escucharía, entre los Órdenes  
Ángélicos? Mas si un ángel de pronto  
contra su corazón me abrazara, yo, por su ser  
más poderoso, moriría. Pues lo bello no es más  
que el principio de lo terrible, que nosotros en ese grado aún  
aguantamos;  
y si así lo admiramos, es que él olvida,  
desdeñoso, destruirnos. Cualquier ángel es terrible.  
Me detengo, pues, conteniendo el reclamo  
de algún profundo sollozo. ¿A quién nos sería posible  
recurrir? Ni a ángeles, ni a hombres,  
y los sagaces animales pronto se percatan  
de que no vivimos tan seguros, ni en casa,  
en el mundo interpretado. Lo que nos queda es quizá,  
algún árbol en la ladera, que volveremos a ver  
todos los días; nos queda la calle de ayer  
y la suministrada fidelidad a una costumbre,  
que por ser de nuestro agrado, permenece, sin marcharse.  
¡Ah!, y la noche, la noche, cuando el viento, con los espacios  
del mundo pleno, nos zahiere el rostro —¿con quién no se  
quedaría la anhelada,

la dulce, desilusionadora, que al corazón solitario  
amaga de penurias? ¿Pero es más ligera para los amantes  
acaso?

Ah, mas si sólo se encubren el uno al otro su destino.  
¿Qué no lo sabes acaso? Lanza de tus brazos la ausencia  
hacia los espacios que respiramos; quizás así las aves  
perciben, con vuelo más ferviente, en toda su amplitud al aire.  
Sí la Primavera te necesita. Muchas estrellas ardieron  
por ti para que las recibieses. Alzóse una ola  
hacia ti desde el pasado; o al acercarte a una ventana abierta,  
un violín se te entregaba. Todo eso te fue enviado.  
¿Pero estuviste a su altura, acaso? No te distraías,  
más bien, siempre, con la espera, como si todo lo anunciase  
de la llegada de una amada. (¿Dónde habrías de albergarla,  
cuando en ti los grandes y extraños pensamientos  
entran y salen y con frecuencia permanecen en la noche?).  
Mas si sientes la añoranza, canta a los amantes; lejos  
se halla de ser inmortal, como debiera, su sentir proclamado.  
A los que casi envidias, esos abandonados,  
que más amorosos encontraste que a seres más firmes.  
Recomienza siempre su inalcanzable alabanza;  
piensa: el héroe pervive; su caída fue para él  
sólo un pretexto para ser: su definitivo nacimiento.  
Pero a los amantes los reclama de regreso  
la Naturaleza agotada, como si de nuevo no tuviera fuerzas  
para realizar el expendio. ¿Acaso a Gaspara Stampa  
has suficientemente recordado, para que cualquier doncella,  
a la que abandonara el amante, frente al animado ejemplo  
de esta mujer amorosa sienta: como ella quiero ser?  
¿No deberían ser éstos, los más antiguos de los dolores,  
más fructíferos para nosotros siempre? No es tiempo ya de que  
apasionados  
nos liberemos del objeto amado, y resistamos estremecidos:  
como la flecha a su cuerda resiste para, concentrada en el salto,  
ser más que ella misma. Lo fijo no está en ningún sitio.

Voces, voces, escuchad mi corazón, como otrora sólo  
los santos escuchaban; hasta que el colosal llamado  
los alzaba del piso; pero ellos de rodillas,  
imposible más atentos:  
de tal manera escuchaban. No que de Dios toleraras  
la voz, lejos de eso. Pero escucha el soplo,  
el ininterrumpido anuncio, que está construido de silencio.

Aún brota desde aquellos jóvenes muertos hacia ti.  
 Donde quiera que entraste, ¿no te hablaba en las iglesias  
 de Roma o de Nápoles, apaciblemente, su destino?  
 O te llevó una inscripción a lo sublime a exhaltarte,  
 como recientemente esa placa en Santa María Formosa.  
 ¿Qué es lo que de mí están pidiendo? Suavemente debo  
 quitarles la apariencia de injusticia, que al movimiento puro  
 de sus espíritus suele entorpecer un tanto.

Ciertamente es extraño, ya no habitar la tierra,  
 ninguna aprendida costumbre continuar practicando,  
 ni a las rosas, ni a otros objetos singularmente elocuentes,  
 darles ya el sentido de un futuro humano;  
 o que el que era uno, entre sinfín de manos angustiadas,  
 ya no sea uno, y hasta a nuestro único nombre  
 abandonarlo al camino, como juguete roto.  
 Extraño, ante los deseos, el ya no tener anhelos. Extraño  
 que todo lo que se imbricaba, tan flojo se vea  
 aleteando en el espacio. Y el estar muerto es penoso,  
 y las reparaciones completas, para que con toda su fuerza  
 un poco brote de eternidad. —Pero los vivos cometen  
 todos el error de las definiciones muy tajantes.  
 Los ángeles (se dice) no saben con frecuencia, si junto  
 a vivos andan o bien junto a los muertos. La eterna corriente  
 arrastra consigo siempre todas las cosas pasadas  
 a través de sendos reinos, y en ambos con su voz domina.

Contundentemente ya no nos necesitan, los tempranamente  
 por muerte arrebatados;  
 se desprendieron de lo terreno suavemente, como el hombre  
 suelta el dulce pecho de la madre. Pero nosotros que tan  
 grandes  
 misterios necesitamos, para quienes de los duelos, muchas  
 veces,  
 un bienaventurado progreso surge, ¿podríamos ser sin ellos?  
 O es vana la leyenda de que por primera vez entre los llantos a  
 Linos,  
 una primera música osada atravesó la dura materia inerte;  
 fue primero en ese espacio aterrorizado, del que un joven casi  
 divino  
 súbito para siempre huyó, que el vacío en esa otra vibración  
 aprendió, lo que aún nos arrastra, nos consuela y ayuda. ¶